

1870-2013. Propuesta para un análisis de 143 años (y un quemado) de bipartidismo en el Paraguay.

Ana Couchonnal

RESUMEN:

La conformación política resultante de las pasadas elecciones de abril de este año reinaugura obsesivamente un escenario conocido: se trata del bipartidismo como estructura política anclada en el año 1870, con la reorganización del país tras la guerra de la Triple Alianza. Esto es visible tanto a nivel del direccionamiento de los votos, como a nivel del manejo político posterior que alcanza incluso a quienes se consideraron alguna vez víctimas de estos dos poderes, y también en el discurso nacionalista puesto en juego. En este sentido, la estructura política mantiene mecanismos que la renuevan impecablemente.

La guerra (1864-1870) que enfrentó al Paraguay contra el Brasil, la Argentina y el Uruguay es un tema que se hace cada vez más recurrente en la historiografía regional. Sin embargo, más allá del interés historiográfico que la misma despierta, esta puede tomarse también como un punto de partida fundamental en lo que respecta a la memoria de la instauración del régimen liberal en el sur de América del Sur. En efecto, el impulso dado a la guerra desde los gobiernos vecinos se hizo en nombre de una lucha liberal, por la instauración y vigencia de los principios liberales de gobierno.

El presente trabajo busca volver sobre las implicancias de ciertos dispositivos de poder puestos en juego durante la reestructuración del país y que continúan teniendo plena vigencia, haciendo las veces de una herida abierta de las contradicciones del liberalismo, cuyo análisis y comprensión permite quizás comprender los alcances actuales del régimen liberal en la región y el continente. La brutalidad de los inicios de lo que Foucault denomina como nuevo arte de gobierno, fue, en el caso de los vencedores, olvidado o forcluido de la imaginación histórica y social; y en el caso de los vencidos, silenciado o denegado a partir de la puesta en juego de una imaginación histórica deshistorizada y atrofiada. En este sentido un retorno analítico sobre las condiciones políticas heredadas y su proyección y vigencia actual, podría ayudar a redefinir ámbitos y actores que puedan renovar la lucha política.

Las últimas elecciones que tuvieron lugar en Paraguay en abril de este mismo año no hicieron más que seguir un curso anunciado. Tras una pausa que dio tregua a su tradicional enemigo, el partido liberal, el autodenominado “glorioso partido colorado” retornó al poder en todo su esplendor, entronizando a un candidato que, ajeno a la práctica de la votación, tuvo la oportunidad de iniciarse, votando por él mismo para ocupar el máximo cargo político nacional, amparado en una fortuna incalculable originada en el comercio y sus derivaciones posibles en un país donde la economía informal es un pilar de la economía real.

Este final de juego resume el universo ideológico que sostiene la política en el Paraguay y, desde el golpe dado por el congreso en el uso de sus facultades, (de las que como acabamos de ver, es posible dudar) representa el retorno a un gobierno que delata la finalización automática de las timidísimas reivindicaciones puestas en marcha por varios miembros del gobierno del ex presidente Lugo y el retorno de la maquinaria bipartidista, colorada y

liberal, aunque sería mejor decir colorada y azul para no confundir el sostén que reúne a ambos partidos.

Formalmente, los motivos de la destitución del ex obispo y presidente Fernando Lugo se basaron, sin que tuvieran verdadera necesidad de hacerlo, ya que el show del congreso puso de manifiesto la vigencia de los mecanismos tradicionales que rigen la política en el Paraguay, en el caso Curuguaty, una literal masacre de campesinos donde también murieron policías, acaecida alrededor de una cuestión que tiene la virtud de escenificar un mismo problema persistente desde 1870: la cuestión de la tierra en el Paraguay, y por ende, el de la exclusión y la desigualdad. El 2.5 % de la población posee el 85% de la tierra, factor clave de ingresos para algunos, de escasa subsistencia para otros.

Nada resultó claro en esta confusión donde ninguna de las partes, ni la que se iba ni la que llegaba tomó las cartas debidas en un asunto que intentó ser simplemente utilizado. La culpa recayó sobre los campesinos sobrevivientes, con una puesta en escena judicial lamentable, vergonzosa y ridícula, tres características que no tienen ninguna consecuencia jurídica a pesar del esfuerzo constante de un puñado de personas que reclaman lo que el sentido común pareciera exigir y que denuncian cada día la seguidilla de asesinatos, abusos y violaciones en torno al mismo caso.

Este crítico panorama social y político tanto histórico como actual es velado por la cortina de humo del boom sojero en el Paraguay, que lo ubica en los primeros puestos de exportación mundial, ¡incluso con sus escasos 431000 km² de superficie total!, con todas las consecuencias ecológicas, ambientales y sociales que esto implica, cortina que oculta además la recurrente miseria y abandono de la vasta mayoría de paraguayos, casi acostumbrados a vivir en un país ajeno, donde no hay acceso a la salud ni a la educación, ni derechos de trabajadores, los cuales se ven obligados a serlo hasta morir, pues el sistema jubilatorio es prácticamente inexistente, donde la migración ha sido y continúa siendo una válvula de descompresión, y la única fuente de acceso a derechos básicos como salud y educación; a pesar de que el ridículo nacionalismo instaurado como discurso oficial denoste a los gobiernos vecinos culpándolos de las miserias propias, que para ellos son en realidad ajenas, pues la clase dirigente cotiza sus fortunas entre las mayores de América latina. Ya en la década del 90 decía el sociólogo Tomás Palau, que las privatizaciones en el Paraguay no hallaban un terreno favorable, porque el estado era ya privado, restándole la parte de negocio necesaria al mandato financiero por todos conocido.

Así las cosas, un espectro ronda el abordaje del Paraguay planteando una pregunta central: **¿Cuál es la relación que define la continuidad, desde 1870, de una situación social y económica crítica y de una misma estructura política en el Paraguay?**

Responder a esta pregunta requiere dar cuenta de dos elementos centrales, ya que la actual situación histórico –social, y por lo tanto política del Paraguay no deja, no puede dejar, de concertar tanto la sorpresa como el desánimo, ante la realidad de un país que tal como expresó alguna vez el ex canciller Jorge Lara Castro, nunca representa a sus habitantes.

Concierta **sorpresa**, (este es un factor que siempre debe ser tenido en cuenta respecto del Paraguay en su anonimato persistente) porque la sostenida exclusión que padece la mayoría de sus habitantes se ve recurrentemente legitimada en elecciones inscriptas en el protocolo de una democracia liberal que ejerce toda su fuerza discursiva sobre una cuestión social candente y siempre postergada.

Y **desánimo** ante la pasmosa continuidad de las estructuras políticas fijadas desde el final de la guerra y sancionadas por los largos años de dictadura stronista que hacen que incluso una experiencia novedosa como quiso ser el acceso al poder en 2008 de una fuerza diferente a los dos partidos tradicionales que ejercen el poder alternadamente desde finales de 1800, termine, a pesar del innegable mérito de varias personas comprometidas con el frustrado proyecto, engranada en la maquinaria ideológica que sostiene el sistema político, arraigado en y ejercido por una clase dirigente, producto histórico, prácticamente sin excepciones, del hábito de la corrupción y la apropiación de lo público, tal como lo demuestra la actual situación política nacional, donde antiguas y supuestas víctimas loan a antiguos victimarios igualándose y aplanando a aquellos a quienes dijeron representar y que yacen ya sea bajo tierra o en el mejor de los casos, bajo el yugo de la miseria y la violencia instaladas como requerimientos distintivos del quehacer político en la república del Paraguay, y agrandando, una vez más, la carga de una historia patria deshistorizada, ajena a su presente y distinta a su pasado.

Podríamos decir que en el Paraguay el **peso** de lo político en la vida cotidiana es una metáfora que arriesga perder su carácter literario, dada la contundencia del mismo en la obturación de lo que podríamos llamar “mínimo imponible” de ciudadanía.

La ausencia de institucionalidad en todos los ámbitos y la extensión de las prácticas clientelares como único modo de acceso a “lo público” implican una lógica cerrada que excluye a una inmensa y creciente mayoría de paraguayos de manera más o menos definitoria de acuerdo a las reglas del azar del nacimiento.

La presente propuesta busca dar con los elementos que tejen la trama de la continuidad arriba descrita, retomando un eje del discurso político nacional (que en el caso del Paraguay es siempre nacionalista): la guerra de la triple alianza. En efecto, desde la última batalla, librada en 1870, la **guerra de la Triple Alianza** ha sido y continúa siéndolo, una bisagra articuladora donde tanto convergen como parten las aristas nunca limadas de la herida nacional. Arriesgándonos en el terreno de la teoría psicoanalítica, puede decirse que esta herida hace las veces del complejo de castración nacional nunca resuelto, una especie de héroe wagneriano nunca redimido, a la espera de alguna sensibilidad parsifaliana que no termina de no llegar.

A partir de este hecho, - indudablemente traumático, ya que a la violencia asociada a toda guerra habría que agregar en este caso la destrucción del sistema político social y económico previo - , se inicia así lo que Paz Encina definió en la película Hamaca Paraguaya como aquello que según sostenemos, configura el *tempo ideológico* privilegiado del sistema político y social paraguayo: la continuidad de la continuidad, con el contrapunto de una espera que sabe que su límite reside en la muerte. Esto implica el solapamiento de un continuum estructural fundado básicamente en la exclusión social de la mayoría de la población y revestido de discursos que tienen en común el hecho de mantener intacta la estructura política que permite esta continuidad en pie desde la instauración del liberalismo mercantil hasta ¿la democracia?

Desde este punto de vista puede decirse que el final de la guerra abre, explica y contiene el periodo contemporáneo en el Paraguay, lo que se basa justamente en el hecho de que se inaugura aquí la primacía actual que el **imaginario de nación posee**, más allá de la malla

simbólica cultural en la que descansa esta construcción. Me refiero con esto a la articulación en un discurso de nación de los distintos elementos que hilan lo que antes llamé pulsiones históricas y que, en el eje del movimiento ideológico, cumple una suerte de función ortopédica que intermedia la percepción de la realidad propia proponiendo una figura narcisista ajena a su propia historicidad y fijada en la imagen idílica de una patria inexistente y que se vuelve por lo tanto insuperable, inabarcable, inamovible. Esta operación se inicia ya en 1900 con la instauración de la historiografía nacionalista como elemento central de reconstrucción y el concomitante *blindaje* de una identidad nacional vinculada a una patria perdida y en la mayoría de las veces inventada, que en este mismo acto pasa a ser irrecuperable, denotando la operación ideológica subyacente.

Como ya se habrá hecho evidente, la referencia a lo ideológico no tiene aquí un papel menor, se trata justamente de la clave que articula la permanencia del sujeto político liberal inaugurado con el final de la guerra, organizada además a propósito de lo mismo. Así, los distintos elementos desplegados en este trabajo buscan converger en la comprensión de la eficiencia de ese sujeto político en el mantenimiento de la relación **exclusión social-estructura política**, sujeto que no es otro más que *el conjunto de relaciones que sustentan una sujeción* al discurso económico liberal capitalista en pie desde la sanción de la constitución de 1870 y con vigencia plena en la actualidad.

En este panorama, los sucesivos acontecimientos seleccionados en el argumento buscan seguir la actualización sucesiva de este registro imaginario estrechamente ligado a la historiografía como núcleo ideológico privilegiado de la conformación del sujeto político liberal en el Paraguay, vinculado a los vicios del mercantilismo, la hegemonía y la sujeción, que se traduce en la instauración de un mecanismo que, de fondo, no ha dejado de funcionar de manera repetitiva desde 1870, pasando por la llamada reconstrucción, por una segunda guerra esta vez contra Bolivia que legitima la violencia “hacia adentro” con la entronización del actor militar, y desemboca en la oscura dictadura de más de cinco décadas del general Stroessner, que definió la política como acceso a la cosa pública por la vía del clientelismo y la corrupción como mecanismos legitimados socialmente, aggiornados por la entrada neoliberal iniciada en la supuesta “transición” y develada en la anhelada, mentada y frustrada “alternancia en el poder” y el subsiguiente actual retorno al orden más conocido bajo el mínimo común denominador de la vinculación de la clase dirigente nacional a la cosa pública lo que indica nuevamente la vigencia de un antiguo mecanismo: ante cada mínimo asomo del actor social con reivindicaciones legítimas y alguna posibilidad de éxito, la obturación de la protesta y el reclamo, el despliegue de la violencia y por último, la renovación del proceso de acumulación originaria con una misma lógica intacta: apropiarse del estado y con ello de sus recursos y opciones, despojando a los demás habitantes del derecho y arrojándolos a la “libertad” impuesta. El mecanismo goza hasta la actualidad de una ortodoxia digna de manual, funcionando cada vez.

La acotada descripción que antecede nos da pie para habilitar el segundo de los elementos complementarios del registro imaginario ofrecido en sustitución de la realidad social concreta de los habitantes del Paraguay: **la violencia como registro que corresponde a lo Real**. Se trata de un elemento de vigilia permanente con oscuros periodos de intermitente retorno. Violencia fundante y fundadora ejercida de arriba hacia abajo, violencia intramitada e intramitable, base de la memoria nacional y del miedo que limita la participación y justifica la exclusión. Una violencia convertida en realidad durante la

guerra, al punto tal, que su despliegue ha implicado el barramiento del país de la historia universal, quizás porque constituye una cicatriz demasiado evidente de las condiciones de la instauración del liberalismo en la región. Violencia que se constituye posteriormente en el umbral constantemente al acecho en lo político, y que retorna con furiosa evidencia cada vez que “la cuestión social” emerge. Como borde, en el borde, en el campo, al interior, en las cárceles, sin nombre, sin documentos, presencia de todas las ausencias. Dictadura, silencio y complicidad. Actualmente es la masacre y asedio cotidiano a los campesinos, y la connivencia de quienes se decían enfrentados al respecto, es el miedo a una izquierda inexistente, y a un Chávez inventado e inmortal, es la violencia que vigila la propiedad privada ajena, y la seguridad de quienes se saben desposeedores. Es, en definitiva el acecho constante de un peligro innombrable pero que es percibido como presente.

Esta conjunción discursiva, entre **imaginario y real**, permite el ejercicio concreto de un estricto control de la población que alcanzó un climax durante la dictadura stronista, dejando instalado el mecanismo: control regulado en todos sus bordes por el miedo, y en su centro por una habilidosa domesticación política que pone en los dirigentes de turno la fuerza del “nombre de un padre”, que curiosamente es presentado como ascendiente masculino desaparecido en la guerra y que por lo tanto podría, aunque por cierto no lo logra nunca, saldar la herida abierta por una historia en la que se hace imposible insertarse, y que por lo tanto solo puede ser recitada, repetida, y nunca construida, ya que, tal como mencioné recientemente, tras la guerra de la Triple Alianza en 1870, la “reconstrucción” del país implicó, desde 1900 la aparición de la Historia como el elemento destinado a tramitar la evidencia de la violencia y a obturar la historicidad como apropiación del pasado y de lo pasado. Este mecanismo se inscribe como base del funcionamiento ideológico y patológico de la sociedad paraguaya. Los ejemplos son muchos y vergonzosos, implican, en el mejor de los casos, grandilocuentes discursos inmersos en lo que Julio Cortázar llamó “nacionalismo vocinglero”, que van *desde* el odio hacia los vecinos de quienes se depende en más de un sentido y en casi todos, en un discurso de victimización que deja intactos los actores principales del despojo en el país, *hasta* el odio y temor a la “izquierda”, construcción imaginada si las hay, que un tiempo atrás, que no parece ya tan distante, implicó la prisión preventiva para un estudiante sin más compromiso político que un interés estético en la historia del “cubismo”.

Finalmente, un tercer elemento se suma a los registros imaginario y real previamente esbozados, es, de los tres, el elemento que se inscribe con mayor facilidad en una perspectiva histórica, hablo de **lo simbólico entendido como *malla cultural*** que contiene los procesos sociales: **la lengua guaraní del Paraguay**.

Esta presencia es constante desde los inicios de la historia del Paraguay y su impronta tiene múltiples facetas. Se trata de una lengua indígena denegada como tal para devenir nacional, instaurando la paradoja de un guaraní nacional, significante que convoca en sí mismo la conjunción problemática de un encuentro no resuelto, dando la pista de una huella que aunque no es siempre percibible, es imborrable...

El guaraní, indiscutido factor de cohesión nacional ha sido vapuleado por la instalación de la modernidad liberal que lo niega como barbarie, permaneciendo sin embargo constante, ya que, a pesar de los embates, su vigencia como lengua de toda la población, sin distinción de clases se extendió hasta la década de 1950, cuando, en una estrategia cuyo análisis requiere ser profundizado en términos de la eficiencia del discurso moderno en el

borramiento de las diferencias, las capas medias altas apartaron a sus hijos de una lengua propia, “optando”, por el español como modo de *diferenciación social y estratificación*; aunque esta exclusión no alcanza ni siquiera al 10% del total de la población.

De todas maneras el guaraní, aunque silenciado, aunque moldeado, sostiene su impronta en una lógica ajena que puede ser considerada distinta al funcionamiento institucional, político, **ideológico** de la nación. Quizás como forma de negociación de lo que Ernesto DeMartino llama presencia en el mundo, presencia que, casualmente, en la lógica de los grupos guaraníes reside en la palabra como sostén último de la persona.

A la lengua guaraní del Paraguay le rige también la lógica comunitaria del secreto y la solidaridad así como la marca de plurales diferenciados; ¿acarrea así acaso otro tiempo, otra presencia, otra forma de ser en el mundo, ¿otro sentido del discurso?; ¿acaso la permanencia de un tiempo y una memoria diferenciadas?

Consideramos que la apuesta al guaraní es una apuesta política que podría inscribirse más allá del círculo que encierra lo político en el Paraguay, habilitando otros sujetos posibles, ya que el carácter simbólico de esta lengua como historia cultural particular, como palabra en la que los hombres se hacen sujetos del lenguaje inscribe lógicas diferenciadoras, remite al carácter eminentemente rural de la población paraguaya en su conjunto y a la ajenidad del ejercicio actual del poder y de las trabas ideológicas, contiene en sí, la potencia de una identidad no inscrita en los canales habilitados por la ideología hegemónica, una resistencia, ya que tal como lo explica de manera sencilla y contundente Susana Murillo, *“la condición trágica de los humanos se tramita en dispositivos ideológicos. Si los dispositivos son el lugar de la lucha ideológica y ella genera transformaciones en la interpelación a los individuos como sujetos, entonces las luchas ideológicas son luchas por la transformación de los sujetos; pero como estas no ocurren en abstracto, y no hay sujetos sino en relación al orden simbólico y viceversa, estas luchas suponen también transformaciones en ese orden, y en su representación simbólica e imaginaria”*.

La apuesta al Guaraní apela a los elementos pulsionales más allá de la primacía imaginaria de la nación y busca quizás un sentido que le permita atravesar el universal ideológico liberal, articulando otro discurso, como conjunto de prácticas particulares, como paradoja que permita develar los enigmas políticos que propone la esfinge.

“Emigraron los hombres como los pájaros. Aquella inmensa arcilla de mitos se desplegó de sus raigambres interrogando al silencio, desperezando las antiguas preguntas (...) como una inmensa furia florecida”.

Elvio Romero.